

Razón de sobra para abrigar esperanzas esta Navidad.

Jesús desea entablar una relación personal contigo y ser parte indiscutible de tu vida, tanto en este mundo como eternamente en el más allá. Él aguarda a la puerta de tu corazón con el anhelo de que la abras y lo invites a entrar en tu vida. (Véase Apocalipsis 3:20.)

Puedes hacerlo ahora mismo rezando sinceramente esta oración:

Jesús, te ruego que me perdones todos mis pecados. Creo en Ti y en el sacrificio que hiciste por mí. Te abro la puerta de mi corazón y te invito a entrar en mi vida. Lléname de Tu amor y Espíritu Santo. Ayúdame a conocerte y guíame en el camino de la verdad. Amén.

© 2020 Activated

Para mayor información visita nuestro sitio web:

<https://activated.org/es/>.



Razón de sobra para abrigar esperanzas esta Navidad.

Jesús desea entablar una relación personal contigo y ser parte indiscutible de tu vida, tanto en este mundo como eternamente en el más allá. Él aguarda a la puerta de tu corazón con el anhelo de que la abras y lo invites a entrar en tu vida. (Véase Apocalipsis 3:20.)

Puedes hacerlo ahora mismo rezando sinceramente esta oración:

Jesús, te ruego que me perdones todos mis pecados. Creo en Ti y en el sacrificio que hiciste por mí. Te abro la puerta de mi corazón y te invito a entrar en mi vida. Lléname de Tu amor y Espíritu Santo. Ayúdame a conocerte y guíame en el camino de la verdad. Amén.

© 2020 Activated

Para mayor información visita nuestro sitio web:

<https://activated.org/es/>.



La Biblia dice que «Dios es espíritu» y que «Dios es amor» (Juan 4:24; 1 Juan 4:8). Es el gran Creador que nos hizo a ti y a mí, este hermoso mundo y todo el Universo. Para demostrarnos Su amor y para que lo comprendiéramos mejor a Él envió a Su propio Hijo a la Tierra encarnado en un hombre.

Si bien Jesús estaba predestinado a ser Rey de reyes, no vio la luz en un lujoso palacio. Por el contrario, vino a nacer en el suelo sucio de un establo y su cuna fue un pesebre donde comen las bestias (Lucas 2:7). Su nacimiento no fue celebrado por los ricos y los potentados de la época. Más bien recibió la visita de un grupo abigarrado de pastores que se enteraron de la noticia por boca de una multitud de ángeles: «Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. ¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!» (Lucas 2:8-14)

Cuando emprendió Su misión en la Tierra a los 30 años de edad, no se limitó a predicar Su mensaje; lo vivió entre la gente, como uno más. Atendía las necesidades espirituales de Sus semejantes, pero también dedicaba mucho

tiempo a sus carencias físicas y materiales. Curaba a los enfermos y daba de comer a los hambrientos. Amó a todos sin distinciones, aun a costa de adquirir mala fama. Se juntó con borrachos, prostitutas y pecadores, con los marginados y oprimidos. Demostró que el amor y el perdón divinos están al alcance de todos.

Por medio de Jesús, Dios compartió Su amor con la humanidad. Pero también nos ama a cada uno individualmente. Dios te ama tanto que entregó lo que más quería, Jesús, para que tuvieras vida eterna (Juan 3:16).

Dios hace Suyo nuestro dolor. Comprende nuestras penas y se compadece de nosotros cuando sufrimos alguna pérdida. Quiere acercarnos a Él, tomarnos en Sus brazos, calmarnos, sanarnos, reconfortarnos. Era tal Su deseo de ayudarnos que envió a Su Hijo hecho hombre para que conviviera con nosotros y vivenciara nuestras penalidades. Quiso que Jesús lo personificara, que nos revelara Su corazón y nos pusiera en contacto directo con Su amor y Su poder. No lo envió a resolver nuestros problemas, sino a capacitarnos para superarlos y de paso llegar a ser mejores personas.

La Biblia dice que «Dios es espíritu» y que «Dios es amor» (Juan 4:24; 1 Juan 4:8). Es el gran Creador que nos hizo a ti y a mí, este hermoso mundo y todo el Universo. Para demostrarnos Su amor y para que lo comprendiéramos mejor a Él envió a Su propio Hijo a la Tierra encarnado en un hombre.

Si bien Jesús estaba predestinado a ser Rey de reyes, no vio la luz en un lujoso palacio. Por el contrario, vino a nacer en el suelo sucio de un establo y su cuna fue un pesebre donde comen las bestias (Lucas 2:7). Su nacimiento no fue celebrado por los ricos y los potentados de la época. Más bien recibió la visita de un grupo abigarrado de pastores que se enteraron de la noticia por boca de una multitud de ángeles: «Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. ¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!» (Lucas 2:8-14)

Cuando emprendió Su misión en la Tierra a los 30 años de edad, no se limitó a predicar Su mensaje; lo vivió entre la gente, como uno más. Atendía las necesidades espirituales de Sus semejantes, pero también dedicaba mucho

tiempo a sus carencias físicas y materiales. Curaba a los enfermos y daba de comer a los hambrientos. Amó a todos sin distinciones, aun a costa de adquirir mala fama. Se juntó con borrachos, prostitutas y pecadores, con los marginados y oprimidos. Demostró que el amor y el perdón divinos están al alcance de todos.

Por medio de Jesús, Dios compartió Su amor con la humanidad. Pero también nos ama a cada uno individualmente. Dios te ama tanto que entregó lo que más quería, Jesús, para que tuvieras vida eterna (Juan 3:16).

Dios hace Suyo nuestro dolor. Comprende nuestras penas y se compadece de nosotros cuando sufrimos alguna pérdida. Quiere acercarnos a Él, tomarnos en Sus brazos, calmarnos, sanarnos, reconfortarnos. Era tal Su deseo de ayudarnos que envió a Su Hijo hecho hombre para que conviviera con nosotros y vivenciara nuestras penalidades. Quiso que Jesús lo personificara, que nos revelara Su corazón y nos pusiera en contacto directo con Su amor y Su poder. No lo envió a resolver nuestros problemas, sino a capacitarnos para superarlos y de paso llegar a ser mejores personas.